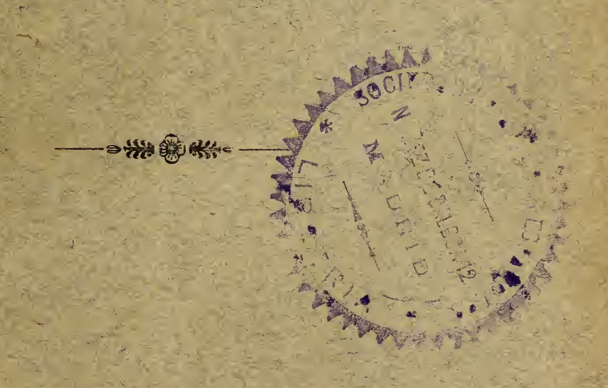
FELIPE SANCHEZ CALVO y ENRIQUE LUQUE MENDEZ VIGO

¡QUE VIENE EL COCO!

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

A Pepe Loma

Felipito

Enrique Luque

¡QUE VIENE EL COCO!

¡QUE VIENE EL COCO!

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

FELIPE SANCHEZ CALVO Y ENRIQUE LUQUE MENDEZ VIGO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL de Barcelona
la noche del 15 de Enero de 1904



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ISABEL..................	SRA.	VEDIA.
AQUILINA..................		MAS.
AGÜISTA 1.ª..................		CHICO.
IDEM 2.ª..................		FRATINÍ.
SEÑORA 1.ª..................		LÓPEZ.
IDEM 2.ª..................		N. N.
DON JOSÉ..................	SR.	GIL.
PANCHO (negro)..................		MIRALLES.
FELICIANO..................		LLANOS.
FONDISTA..................		SALA JULIÉN.
RAMIRO..................		CATALÁ.
PEPITO..................		PALMER.
UN PRESTIDIGITADOR..................		ALVAREZ.
AGÜISTA 1.º..................		MORENO.
IDEM 2.º..................		CAPDEVILA.

Agüistas, señoras y caballeros

La acción, el primer acto en Madrid y el segundo en un establecimiento balneario del Norte

Epoca actual



ACTO PRIMERO

La escena, lujosamente amueblada, representa el despacho de un banquero; puertas lateral y al foro: dos mesas de escribir. A la izquierda, en primer término, un teléfono que jugará á su tiempo.

ESCENA PRIMERA

DON JOSÉ escribiendo en una de las mesas, y DOÑA ISABEL paseando

ISAB. (Dando golpes sobre la mesa.) ¡Escúchame! ¡Atiéndeme! ¡Oyeme!

JOSÉ ¿Cómo quieres que te oiga si me estás dejando sordo á gritos y golpes? (Sigue escribiendo.)

ISAB. Eres un marido imposible; incapaz de inspirar una pasión desinteresada, de hacerte grato á una mujer como yo, cuyo carácter, lo reconozco, es impetuoso, volcánico, arrebatador...

JOSÉ ¡Brutal!

ISAB. ¡Cállese usted! Estoy cansada de vivir á tu lado. Aquí mi corazón se hiela. Quieres causarme miedo y me causas risa. Yo necesito otro clima, otro ambiente, más calor donde puedan desarrollarse mis pensamientos, donde puedan crecer mis ideales; yo necesito vivir en otra parte.

JOSÉ Vete á la China.

ISAB. ¡Pepe! ¡No eches leña al fuego! (Dándole un empujón.)

JOSÉ ¡Isabel! ¡No me eches el tintero encima!

ISAB. ¡Que no se te ocurra otra vez ocupar á Feliciano sin consultarme antes! ¿Has oído?... ¡Contesta!

JOSÉ ¿Pero Feliciano, qué es en esta casa?

ISAB. ¡Tu secretario!

JOSÉ Por eso mismo; ya estoy cansado de que me lo tengas todo el día ocupado en labores que no son de su sexo. (Sigue escribiendo.)

ISAB. ¿Cómo que no son de su sexo? ¿Pues en qué le ocupo yo más que en cosas necesarias en la casa?

JOSÉ ¡En devanar madejas de hilo!

ISAB. Lo ocupo en lo que quiero, ¿sabes? ¡En lo que me da la gana! ¿Lo oyes?

JOSÉ ¿Ves tú, Isabel?, da gusto hablar contigo, tienes unos argumentos que hay que bajar la cabeza y dejarlos pasar por encima.

ISAB. Porque ya estoy cansada de que se comente mi predilección por tu secretario, de que nos desuellen; pero desde hoy, lengua que me moleste... te juro que la arranco así, de cuajo. (Arrancándole la carta que está escribiendo.)

JOSÉ Isabel, déjame tranquilo. (Levantándose.)

ISAB. Además, si Feliciano no encontrara dignas las ocupaciones que le doy, las rechazaría, porque ya sabes tú lo delicado que es ese muchacho.

JOSÉ Más suave que una gamuza. Como que si le mandas que limpie los dorados... los limpia...

ISAB. Eso es una tontería tuya; Feliciano no se rebajaría hasta ese extremo; es más digno que algunos, más serio que algunos, más...

JOSÉ Prudente, que yo...

ISAB. Respetuoso.

JOSÉ He dicho prudente.

ISAB. Y yo respetuoso.

JOSÉ Y yo añado que sea lo que sea hemos concluído: reclamo los servicios de Feliciano como secretario mío.

ISAB. Feliciano estará siempre á mis órdenes.

JOSÉ Feliciano no es un perro mastín.

ISAB. Yo no necesito perro, ¿sabes? Ya tengo bastante contigo.

JOSÉ No exageres.

ISAB. No exagero.

JOSÉ Ya lo creo; si yo fuera perro, ya hubieras rabiado veinte veces.

ISAB. ¡Te hubiera echado la morcilla!

JOSÉ Y yo te hubiera mordido. ¡Jam! (Acompañando la acción á la palabra.)

ISAB. ¿Tú á mí? ¿Morderme tú? (Sale tras de él. Don José, huyendo, toca el timbre.)

JOSÉ ¡Isabel! ¡Déjame! Evita un día de luto á tu familia.

ISAB. No te dejo. Júrame que no has querido ofenderme. (Toca el timbre.)

JOSÉ Claro que no. Yo, desde que me casé contigo, no hago más que defenderme.

AQUIL. (Por el foro.) ¿Llamaba la señora?

JOSÉ (Aparte.) ¡Me he salvado!

ISAB. Una taza de tila para el señor. (Vase. Secretario por el foro.)

FEL. ¿Llamaba don José?

JOSÉ Un baño de pies para mi esposa con mucha mostaza. (Vase.)

ESCENA II

AQUILINA y FELICIANO

AQUIL. ¿Qué le parece á usted, Feliciano?

FEL. Que se llevan muy bien tus señores.

AQUIL. Yo no sé cómo tiene paciencia el señor para aguantar tanto.

FEL Si tuviera tanta impaciencia como *ímpetus* la señora... Pero á don José no debe sorprenderle nada de esto... Ya sabía cómo las gastaba doña Isabel. ¡Mire usted que tiene venas!—le decían.

AQUIL. Como todo el mundo.

FEL. Se referían á los ataques de locura que la acometen cuando la contrarían en algo.

AQUIL. Entonces, ¿por qué se casó con la señora?

FEL. Por conveniencias de alta banca. (Indicando con la mano que se refiere al dinero.) Pero tomó sus precauciones para la celebración de la boda.

AQUIL. ¿Avisó á la pareja?

FEL. No; se casó por poderes.

AQUIL. He aquí la explicación de todo... porque... Aquí, para los dos... la culpa de todas estas trifulcas, somos nosotros; el señor está por mí.

FEL. (Aparte.) ¡Y yo en Babia!

AQUIL. Y la señora está por usted... ¿No lo ha notado?

FEL. ¡Desgraciadamente!

AQUIL. ¡Qué tonto! ¿Todavía se pondrá usted moños?

FEL. No es eso, es que me repugna el asedio de que soy víctima, mi honradez, mi lealtad á don José, el pan que como en su casa.

AQUIL. Pues si yo tuviera la suerte de usted y el señor se insinuara del modo que lo hace la señora, á estas fechas se habían divorciado.

FEL. De buena gana cambiaba mi situación por la tuya; yo estoy avergonzado por un lado y aterrado por otro; el miedo insuperable á tu señora me hace cometer torpezas; el respeto y afecto que me merece don José pesan sobre mí de tal modo que si no fuera por...

AQUIL. ¿Por qué?

FEL. Por una persona... (Insinuándose.) ya hubiera tomado una determinación... me hubiera marchado de estacasa.

AQUIL. ¡Ah! Pues yo en su pellejo me marcharía.

FEL. Es que... (Con decisión.) no lo hago por tí... si, por tí, Aquilina...

AQUIL. ¡Já, já, já! ¿Por mí?

FEL. ¿Te choca?

AQUIL. ¡Claro! Si nunca me ha dicho usté nada. Don Feliciano, es usté muy desgraciado, porque yo no pienso en usté, por ahora; usté no me sirve para la profesión que pienso seguir.

FEL. ¿Sigues con la manía de...?

AQUIL. De ser estrella y usté no tiene lo que yo necesito para brillar; luz, mucha luz.

FEL. Entonces haces bien.

AQUIL. Cuando llegue á estrella, del primero que me acordaré será de don Feliciano, y lo nombraré...

FEL. Satélite.

AQUIL. Mi secretario. ¡Si viera usted que ya voy perdiendo la esperanza! Ocho meses hace que me ofreció un agente buscarme una contrata y todavía no ha resollado...

FEL. ¿Pero tiene él algún interés en contratarte?

AQUIL. Tres sueldos... supóngase usted si son de mil francos...

FEL ¡Echa francos!

AQUIL. Ya ve usted, ¿dónde voy yo con tanto franco?

ISAB. (Saliendo.) ¡A la cocina!

FEL. (Aparte.) ¡Ella! ¡Que no me vea! (Vase por el foro.)

ISAB. (Aparte.) ¡Como siempre! ¡Huyendo de mí! ¡Qué hombre!

AQUIL. ¿No hace falta ya la tila?

ISAB. ¡Sí!

AQUIL. ¿Para el señor?

ISAB. No; llévasela al secretario. (Vase Aquilina por el foro.)

ESCENA III

DOÑA ISABEL

Esto no es vivir; mi marido no me ayuda, no se sulfura, no se encoleriza; mi bello ideal para presentarme á Feliciano como mártir de su cariño. Todos me temen, mi esposo, la doncella, el secretario... ¡Feliciano! ¿Porqué me temerá Felicianito? Cuando le estoy á cada momento demostrando mi afecto... Si no tuviera ese genio tan corto, ese carácter tan débil, otra cosa sería ya de nosotros. Pero urge tomar una determinación y yo no soy mujer que deja las cosas para luego. Le

hablaré muy claro, que lo entienda bien antes que se tome la tila. (Entra por el foro Feliciano.)

ESCENA IV

DOÑA ISABEL y FELICIANO

FEL. (Aparte.) ¡Dios mío! ¿Qué querrá?
ISAB. Pase usted, Feliciano, pase usted...
FEL Creí que me llamaba don José.
ISAB. Pues soy yo, que tengo que hablar con usted de cosas muy serias.
FEL. (Aparte.) Me va á dar una sofocación.
ISAB. Siéntese usted aquí... á mi lado. (Se sientan.)
FEL. Doña Isabel, yo la suplico no me entretenga mucho, que se me atrasa el trabajo.
ISAB. Si se atrasa, otro lo pondrá al corriente, paciencia, y escúcheme, Feliciano.
FEL. Ya escucho.
ISAB. Nuestra situación es insostenible. ¿Sabe usted lo que nos puede suceder?
FEL. Que se nos caiga encima la situación.
ISAB. Que el mundo es muy malicioso y sospeche de su fidelidad, de sus proyectos en esta casa...
FEL. ¡Doña Isabel, por Dios! Yo no tengo ningún proyecto ni me meto en nada.
ISAB. No lo niegue usted; á usted le estorba mi esposo.
FEL. ¿A mí? ¡No señora!
ISAB Sí, Feliciano nos estorba y es necesario que se lo quite usted de encima de un modo caballeresco.
FEL. Yo no entiendo de esas cosas. A mí don José me aprecia mucho, me da de comer y ponerlo en evidencia me repugna, me acobarda...
ISAB. Ha tomado usted la tila, ¿verdad?
FEL Yo no he tomado nada.
ISAB. Pues le encuentro más tímido que otras veces.
FEL. Es que adivino el final de todo esto. Si su marido se entera que celebramos estas con-

ferencias misteriosas y piensa lo que yo de ellas...

ISAB. ¡Ah! Luego usted sospecha.. ¡Gracias, Feliciano!

FEL. No las merece. Si se entera, digo... le cuesta la vida.

ISAB. Eso es lo que yo quiero, que le cueste algo.

FEL. Pero, doña Isabel, ¿qué motivo tengo yo para desafiar á mi principal?... Si fuera él á mí..

ISAB. Qué poco se le alcanza á usted; podemos hacer la jugada por tabla.

FEL ¿Lo desafío á una partida de billar?

ISAB. Se le prepara una emboscada á él y á la doncella; usted los sorprende, y como hombre de honor que defiende el mío, lo desafía. ¿Usted sabe tirar á las armas?

FEL. Yo no sé tirar más que al chito. (Levantándose.)

ISAB. ¡Feliciano, piénselo bien, no juegue usted con fuego y decídase pronto! Su suerte la tengo en mis manos; piense que puedo hacerle mucho daño si no me ayuda, si se obstina en fingir ignorancia respeto á mis propósitos.

FEL. No se exalte usted, doña Isabel, lo pensaré despacio...

ISAB. ¿Despacio? ¡No!

FEL. (Aparte.) Lo pensaré en automóvil. (Vase por el foro.)

ISAB. ¡Qué hombre!... ¡Dios mío! ¡Parece tonto! (Entra don José por la derecha muy exaltado, y al llegar al centro de la escena se fija en Isabel y hace medio mutis.)

JOSÉ (Saliendo.) ¡Bufff! ¡Cómo! ¿Tú aquí? (Haciendo medio mutis.)

ISAB. ¡Pepe! ¡Pepe! Puedes quedarte, yo me retiro.

JOSÉ Haces muy bien... Tú y yo somos incompatibles. ¿Lo has oído? ¡Imcompatibles!

ISAB. ¡Mi marido incomodado! ¡Já, já, já! (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

DON JOSÉ y AQUILINA

JOSÉ (Enfurecido.) ¡Señora! ¡Señora! (Transición.) ¿Si me habrá conocido en la cara que estoy incomodado de mentirijillas? Porque yo creo que le he hecho gracia... ¡Vaya!... Alguna vez había de ser... Pero yo quería que mi mujer se hubiese asustado de mí... y se hubiese acordado de aquello de

«Tiemble la esposa infiel,
tiemble la ingrata...»

¡Oh! Estoy rebosando alegría por todas las costuras de la ropa. ¡Por fin voy á verme libre de la carga! Seré dueño de mí; podré hacer mi voluntad. ¡Luego dicen que los anónimos son infames! ¡Cá! Este que yo he recibido es precioso; dice así: «Ande usted con ojo; su esposa, enamorada de su secretario, se fugará con él en cuanto éste se lo proponga; suyo afectísimo, *El Interfecto.*» ¿Será verdad? Como lo sea le subo el sueldo á ese valiente, (Llama al timbre.) á ese redentor mío... pero tiene que llevársela muy lejos. (Sale Aquilina por el foro.)

AQUIL ¿Llamaba usted?

JOSÉ (Enfurecido.) Sí que llamaba. Pero no á tí... ¡Cónque largo y dí á mi secretario que venga! ¡Brrrrr!

AQUIL. Voy en seguida. ¡Qué gracia tiene el señorito incomodado! ¡Já, já, já! (Vase.)

JOSÉ Esta también me ha conocido... Nada, que el día que yo me incomode de veras hago reir á las piedras. Los caracteres nacen y yo no he nacido carácter; yo... jamás he tosido fuerte por nada. En todo tiempo y á todas horas estoy dispuesto á reir, lo más serio lo tomo á guasa. No se me olvidará nunca el disgusto que me costó esta propensión á la

risa. Hace años entré en un café cantante de Sevilla acompañado de unos amigos. A poco de estar allí subió al tablado una *cantaora* y empezó á marcarse una *soleá* con todas las reglas del arte flamenco y á pesar de lo triste de la música y lo dramático de la letra, á mí me dió por reir. Mis amigos trataron de ahogar mi risa; pero todo fué inútil; yo seguía riendo, hasta que el tocador, bajándose del tablado, sin darme aviso alguno, me soltó un guitarrazo en la cabeza con tal furia, que del aire que hizo se apagaron las luces del café... Es la única vez que á mí me ha hecho llorar una guitarra.

ESCENA VI

DON JOSÉ y FELICIANO

FEL. (Entrando con temor.) ¿Qué me manda usted?

JOSÉ (Aparte.) Ya está ahí, ¡pobrecillo!

FEL. (Alzando la voz.) ¡Que estoy á sus órdenes!

JOSÉ (Fingiendo mal humor.) ¿Es usted?

FEL. Para servirle.

JOSÉ Siéntese usted ahí. (Indicándole asiento.) ¡Desde este momento está usté ascendido!

FEL. ¿Ascendido? ¡Gracias, don José! ¡Mil gracias! ¡No merezco tanto!...

JOSÉ ¿Cómo que no? ¡La Cruz de Beneficencia le daría yo si estuviese en mi mano!

FEL. (Aparte.) Don José se ha vuelto loco... ¿Si habrá recibido el anónimo y me estará preparando la coartada? (Don José se sienta al lado de Feliciano.)

JOSÉ ¡Vamos á ver! ¡Contésteme usted con prontitud!... No titubee mucho porque va en ello mi tranquilidad.

FEL. No me hable usted con ese tono porque se me corta el resuello.

JOSÉ ¡Feliciano! ¡Felicianito!... (Con aire risueño.) ¿Cuándo se lleva usted á mi mujer? (Feliciano da un salto sobre el asiento y don José huye despavorido.)

FEL. ¡No corra usted! ¡No es nada... ya me ha pasado!...

JOSÉ ¡Caracoles! ¡Me pareció que salía usted de una caja de sorpresa!

FEL. ¿Le parece á usted que no es poca la que me ha causado su pregunta?

JOSÉ (Indicando á Feliciano que se siente. Se sientan otra vez.) Le advierto á usted que no valen fingimientos; me consta de un modo positivo que usted y...

FEL. ¿Yo? ¡No, señor! Es doña Isabel la que se permite hablarme en un lenguaje que yo no puedo ni debo comprender sin ofender á usted. ¡Con la mano puesta sobre mi corazón se lo juro! Yo no me perdonaría nunca una acción como la que usted supone.

JOSÉ ¡Quién no te perdonaría sería yo! Por no llevártela.

FEL. ¿Qué dice usted? ¡Qué horror!

JOSÉ ¡Que eres un memo y que te rebajo el sueldo!

FEL. Reflexione usted lo que está diciendo; doña Isabel es su esposa...

JOSÉ (Animándose por momentos.) Es más todavía, es una cuerda que tengo al cuello. Somos incompatibles en todo; la voz de mi mujer me crispa los nervios como el ruido que hace un cuchillo al resbalar en un plato; el contacto con su mano me da más escalofríos que la pelusa de un melocotón, su risa es para mí el crugido del corcho cuando se corta, y la sola idea de que puedo verla me llena de más estupor que á los niños cuando les dicen: ¡Que viene el coco! Ya ve usted, Feliciano, que vivir así no es vivir... Llévesela usted en paz de Dios, y sáqueme de este purgatorio.

FEL. Por ese procedimiento siento mucho no poderle sacar á usted de entre las llamas. Su señora para mí es sagrada.

JOSÉ Pues ponla en un altar; pero que sea prontito. Es un favor que te pido.

FEL. Me pide usted un imposible.

JOSÉ Pues esto no puede quedar así; el anónimo

es una prueba de que alguien sabe lo que sucede en mi casa.

FEL. El anónimo es mío.

JOSÉ ¡Ah!

FEL. Lo escribí para que usted supiera las intenciones de su esposa y librarme de su influencia, la tengo tanto miedo, don José, que cuando la veo digo también: ¡Que viene el coco!

JOSÉ Pues ya somos dos los que queremos sacudir su yugo.

FEL. Vea usted la manera de que podamos respirar libres é independientes.

JOSÉ No hay más medio que el que te he indicado.

FEL. Yo no me siento con valor para ser la víctima.

JOSÉ No; lo será ella; se me ha ocurrido una idea.

FEL. Echela usted fuera antes que se le evapore.

JOSÉ Tú vas á robar á mi mujer por un método nuevo.

FEL. Por el imán.

JOSÉ No; por el correo.

FEL. ¡Ah! ¿La cojo, la meto en un sobre y al buzón con ella?

JOSÉ No discurres nada.

FEL. Pues hable usted.

JOSÉ El método es sencillísimo. Tú hablas con mi mujer y la pintas lo imposible que es salir juntos de Madrid, y la indicas que para evitar el escándalo, se debe marchar ella antes y esperarte en la población que á tí te parezca.

FEL. ¡Es que yo no voy á esa población!

JOSÉ ¡Serías un tonto si lo hicieras! Lo que harás cuando consideres que mi mujer ha llegado al sitio convenido, será escribirle una carta ó una tarjeta postal, diciéndola que perseguido por mí, no puedes reunirte á ella en el sitio designado y que la esperas en otra parte.

FEL. ¿En el extranjero?

JOSÉ ¡Mejor aún! Y cuando llegue allí la diriges otra carta manifestándola que el cónsul de España te ha embarcado con rumbo...

FEL. Con rumbo desconocido, y que me espere...

JOSÉ En la Martinica. Tú no te mueves de aquí, y las cartas, para darles más viso de verdad, se las mandaremos á mis corresponsales... Conque, ¿aceptas el papel?

FEL. Sí, señor; por este medio soy capaz de robar más mujeres que don Juan Tenorio.

JOSÉ Pues hay que poner en práctica mi plan inmediatamente; yo me voy á la Bolsa, si cuando vuelva no tiene hecha la maleta mi mujer, prepárate. (Vase don José.)

ESCENA VII

FELICIANO, después AQUILINA

FEL. No me parece mal urdido el plan de don José; es la única manera de que nos libremos de doña Isabel sin efusión de sangre; para mí es como si me libraran de la Inquisición. (Llama al timbre.) Vamos á poner en práctica el pensamiento, y Dios quiera que no me conozca en la cara que la estoy preparando un mico, es decir, varios micos. (Sale por el foro Aquilina.)

AQUIL. ¿Qué manda usted, Feliciano?

FEL. (Aparte.) ¡Esta sí que no es mico, es mona! la tengo clavada aquí. (Señalando al corazón.)

AQUIL. ¿Qué piensa usted?

FEL. Que quisiera que te volvieras muela y echaras raíces en mi corazón.

AQUIL. ¿Se ha vuelto usted loco?

FEL. Y aunque te carearas y me mataras á dolores, no te sacaba, moriría con gusto, con mucho gusto.

AQUIL. Chupándose los dedos.

FEL. Mira, te llamo, para que digas á la señora que tengo que hablarla con mucha urgencia.

AQUIL. ¡Ah, vamos! ¿Se ha decidido usted ya?

FEL. Sí, ya estoy decidido; he perdido las esperanzas que tenía puestas en tí, y aunque hay alguna diferencia...

AQUIL. Don Feliciano... No se parece usted al señorito; ese todavía está de incógnito... Pero paciencia; quién sabe si cuando llegue á estrella...

FEL. Anda, avisa á la señora. (Medio mutis de Aquilina.) ¡Ah, oye! Pasa por la oficina y dile al cajero que te dé trescientas pesetas.

AQUIL. ¿Trescientas pesetas á mí?

FEL. Sí, hay una carta de un corresponsal que ordena se te entregue esa cantidad.

AQUIL. ¡Trescientas pesetas! ¿Será alguna herencia? (Vase por la izquierda.)

FEL. Ya me estoy poniendo temblón; en cuanto pienso que tengo que habérmelas con doña Isabel, con el coco, me parece que voy á ponerme delante de una pantera. Tiene unos ojos que dan miedo. (Sale por la izquierda doña Isabel.)

ESCENA VIII

DOÑA ISABEL y FELICIANO

ISAB. (Hablando fuerte.) Ya sabía yo que al fin...

FEL. ¡Chist!

ISAB. (Bajando la voz.) ¿Al fin se decide?

FEL. Sí, señora. Gracias á Dios que me ha iluminado.

ISAB. ¿Para cuándo estaré viuda?

FEL. Eso... cuando Dios quiera.

ISAB. ¡Pues valiente iluminación te ha dado Dios!

FEL. ¡Muy bonita! A la veneciana.

ISAB. Feliciano, ¿te estás burlando?

FEL. No, señora; me afirmo en que estoy iluminado á la veneciana, porque mi plan es una fuga á un puerto de mar.

ISAB. ¡Ah!... ¡Eso es hermoso, encantador!

FEL. (Aparte.) Ya verás el desencanto que te espera.

ISAB. Pero eso será en seguida. Esta casa se me cae encima; estos muebles me entristecen... Vámonos hoy mismo.

FEL. Es condición indispensable... si no es hoy, nunca.

ISAB. ¡Ay, qué feliz soy; explíquese pronto!

FEL. Usted se va delante.

ISAB. ¿Y tú detrás?

FEL ¿Detrás de usted? ¡No! ¡El mozo con la maleta!

ISAB. ¿Pero usted no me acompaña?

FEL. Hoy no; para no infundir sospechas, es necesario que usted se marche sola.

ISAB. Tiene usted razón, puede vernos alguien en el andén.

FEL. Muy fácil.

ISAB. ¿Y á dónde voy desterrada?

FEL. (Aparte.) ¿Dónde la mando?...

ISAB. ¿No lo ha pensado aún?

FEL. Sí; á Barcelona; yo salgo mañana mismo.

ISAB. ¿Y dónde voy á parar?

FEL. ¡Sabe Dios dónde irá usted á parar!

ISAB. ¿Que á qué fonda voy?

FEL. Al hotel Continental.

ISAB. Bajaré á la estación á esperarle.

FEL. ¿Para qué esa molestia?

ISAB. ¿Molestia llama á la dicha que siento viéndole?

FEL. Tiene usted razón; la idea de la fuga me tiene loco.

ISAB. (Viendo el reloj.) Hora y media falta para la salida del exprés. No quiero perder tiempo.

FEL. ¡Ni tren!... Pero hay que decirle algo á su esposo.

ISAB. ¡A ese!... ¡Dejádmelo de mi cuenta! ¡Adiós, Feliciano mío!

FEL. ¡Adiós, Isabel!

ISAB. Hasta Barcelona. (Vase.)

FEL. Hasta sabe Dios cuándo... ¡Por fin he salido con toda felicidad de este trance! Al cabo nos vamos á ver libres y con ánimo resuelto para inclinarnos del lado de la verdadera felicidad... Aquilina... es mi obsesión; pero es tan difícil entrar en el corazón de una mujer con las inclinaciones que tiene ésta hacia la banca...

ESCENA IX

AQUILINA y FELICIANO

AQUIL. (Entrando con muestras de regocijo.) ¡Don Feliciano! ¡Don Feliciano!

FEL. ¿Qué te ocurre?

AQUIL. ¡Ya voy á ser rica! ¡Ya voy á figurar en las cajas de cerillas!

FEL. ¿Por qué?

AQUIL. Por las trescientas pesetas y esta carta que acabo de recibir.

FEL. ¿De quién?

AQUIL. Del agente, don Feliciano; oiga usted lo que me dice, y vea usted cómo se cumplen mis presentimientos. (Leyendo.) «Señorita doña A. Rodríguez, calle Atocha, 156. Apreciable Aquilina: Por fin he conseguido contratarte para un salón de espectáculos fin de siglo que hay en esta. Como eres bella y estás bien formada...»

FEL. ¡Oye, oye! ¿Cómo asegura ese agente que estás... así?

AQUIL. ¿Va usted á tener celos ahora? Pues le advierto que el agente ha visto lo que usted.

FEL. Entonces, ¿por qué dice?...

AQUIL. Porque á las que se quieren dedicar á determinados espectáculos, las buenas formas se las supone.

FEL. ¡Ah! Vamos... sigue.

AQUIL. (Leyendo.) «Aunque sabes poco de baile, espero no me dejarás mal con la empresa, y la falta de arte sabrás suplirla...» (Hablando.) Aquí hay una frase algo gorda...

FEL. Con la falta de vergüenza. ¿No dice eso?

AQUIL. Algo parecido. (Leyendo.) «Te mando trescientas pesetas para el viaje y el préstamo, y cuando llegues á ésta cobraré la comisión que estipulamos.» ¿Conque, qué me dice usted ahora?

FEL. Que lo siento en el alma. Porque con tu pre-

sentación en el escenario veo alejarse la realización de mis sueños.

AQUIL. ¿Pero todavía estamos con esas? Déjeme usted de canciones tristes. A mí ahora me hace falta música alegre.

FEL. Sevillanas y can can á todo pasto.

AQUIL. Y ahora es cuando necesito que el señor se me declare; porque si yo entro en Barcelona con un banquero del brazo, doy el golpe... Porque voy á Barcelona.

FEL. ¡A Barcelona!... ¡Dios mío, á Barcelona! (Aparte.) ¡Y yo que he mandado á doña Isabel á esa población!... ¡Qué desgracia!

AQUIL. ¿Pero qué va á ocurrir porque me vaya yo á Barcelona?

FEL. No vayas, Aquilina. No vayas, rescinde el contrato.

AQUIL ¿Pero hay algo en Barcelona?

FEL. Se va á declarar el tifus, el cólera, la peste...

AQUIL. Don Feliciano, no me asuste usted. ¿Cuándo va á ocurrir todo eso?

FEL. Dentro de cuarenta y ocho horas; cuando llegue doña Isabel, que sale para Barcelona en el exprés hoy mismo.

AQUIL. ¿La señora á Barcelona? ¡Já, já, já! ¡Que bromas tiene usted!

FEL. (Aparte.) Yo también me voy á Barcelona. Así me daré el gusto de admirar á Aquilina.

AQUIL. ¿Pero ha perdido usted el habla?

FEL. No; al contrario ¡qué alegría! Si no sé lo que digo. Aquilina, ya tengo el medio de seguirte.

AQUIL. ¿Pero á usted quién lo ha contratado?

FEL. Ya lo verás. ¡Adiós! No me entretengo.

AQUIL. Adiós, don Feliciano, hasta la vista.

FEL. Allí nos veremos. (Medio mutis.)

AQUIL. (Aparte.) ¡Pobrecillo! ¿Y será capaz?

FEL. ¡Ah! Oye, ¿cómo te vas á anunciar en los carteles?

AQUIL. La bella Alina.

FEL. Pues adiós, preciosa y encantadora Alina.

AQUIL. Este pobre hombre no me va á dejar en paz. ¡Qué lastima que no sea un mayorazgo

ó un senador de esos que hay hasta la muerte!...

JOSÉ (Dentro.) ¡Pero Feliciano! ¡Oye!...

AQUIL. ¡El señorito! ¡Ni llamado con campanillas! (Entra don José.)

ESCENA X

AQUILINA y DON JOSÉ

JOSÉ ¿A dónde irá mi secretario que ni ve ni oye?

AQUIL. No le puedo decir nada al señor.

JOSÉ ¿A que tienes tú la culpa?

AQUIL. ¿Yo? No sé... como no sea que le haya impresionado mi marcha.

JOSÉ ¡Cómo! ¿Tu marcha? Pero, ¿tú te vas de mi casa?

AQUIL. Sí, señor; yo lo siento pero...

JOSÉ ¿Te ha echado la señora por celos?

AQUIL. ¿Celos la señora de mí?

JOSÉ No tiene nada de particular, porque ha sabido que tu me gustas. (Aparte.) Ya se lo he dicho.

AQUIL. ¡Qué cosas tiene el señor!

JOSÉ Sí que tengo cosas.

AQUIL. Pues me voy á Barcelona.

JOSÉ ¿Sola?

AQUIL. Voy contratada á un teatro para bailar.

JOSÉ ¡Y yo también!

AQUIL. ¿Qué?

JOSÉ Que me voy á Barcelona; tengo unos asuntos en la Ciudad Condal y me marcho.

AQUIL. ¿Hoy?

JOSÉ En el mismo tren que tú.

AQUIL. Tendrá el señor que darse mucha prisa.

JOSÉ Ya lo verás.

AQUIL. ¿Manda algo el señor?

JOSÉ Que no digas nada á la señora, viajaré de incógnito.

AQUIL Adiós, señor.

JOSÉ *Adeu.*

AQUIL. (Aparte.) Me parece que entro en Barcelona con banquero. (Vase por el foro.)

ESCENA XI

DON JOSÉ. Después DOÑA ISABEL

JOSÉ — Ya estoy cansado de ser bueno; me voy tras de Aquilina, de este modo me proporciono dos felicidades, huir de mi mujer y seguir á la que no es mi mujer. Además, si Feliciano ha comenzado á poner en práctica nuestro plan, mi mujer se marchará también hoy mismo. ¡Oh! ¡qué felicidad tan grande! ¡la tierra que vamos á poner entre los dos! ¡El mapa mundi! (Llama al timbre.) ¿Y á quién llamo yo con el timbre? ¡¡Isabel!! ¡Isabel!! (Llamando.) Ahora, en cuanto yo la pida la maleta, ve el cielo abierto. (Sale doña Isabel por la derecha con traje de viaje y sombrero ó toca de lo mismo.)

ISAB. — ¿Qué modos son esos de llamar?

JOSÉ — (Aparte.) ¡Se marcha! ¡Se marcha!

ISAB. — ¿Que se te ocurre?

JOSÉ — Que mandes que me arreglen la maleta.

ISAB. — ¡La maleta! (Aparte) ¡Si habrá descubierto mi huída!

JOSÉ — (Aparte.) Se ha quedado estupefacta.

ISAB. — Pero... ¿vas de viaje?

JOSÉ — Sí, señora; voy... á Barcelona.

ISAB. — ¡A Barcelona! ¡A Barcelona!

JOSÉ — Sí, sí. ¿Qué te asombra?

ISAB. — Que no vas.

JOSÉ — ¿Que no voy? ¿Que no voy?

ISAB. — ¡No vas; no y no!

JOSÉ — ¿Por qué razón? Vamos á ver, ¿por qué?

ISAB. — Porque quien se va á Barcelona ahora mismo, soy yo.

JOSÉ — ¡Tú!... ¡Tú! (Aparte.) ¡Se ha lucido Feliciano, la ha mandado á Barcelona!

ISAB. — ¡Y me marcho porque no quiero aguantarte más!

JOSÉ — ¿Que no quieres aguantarme más? Pues yo sí quiero aguantarte. Te sigo.

ISAB. — ¡Hasta el fin del mundo! (Medio mutis.)

JOSÉ No; hasta Barcelona nada más.

ISAB. (Llamando al timbre.—Aparte.) ¿Si sabrá algo de Feliciano?

JOSÉ (Aparte.) Fingiré que la sigo por celos. (Sale Aquilina.)

AQUIL. ¿Ha llamado la señora?

ISAB. Sí; ropa blanca para viaje y la maleta.

JOSÉ Y á mí también ropa blanca y maleta.

AQUIL. Señorita, ya sabe usted que me...

ISAB. Y usted sabe que tengo prisa. (Vase Aquiliana por el foro.)

JOSÉ Que se marcha Aquilina.

ISAB. ¡Que se marche! ¡Tú sí que no te marcharás!

JOSÉ Yo iré contigo á pasear por las ramblas.

ISAB. Yo no necesito espantajos á mi lado.

JOSÉ ¿Que no? ¿Tú no te has visto al espejo nunca? Pues si alguna mujer hay en el mundo que necesite espantajo, eres tú.

ISAB. ¡Ah! ¿De modo que no te disgusta hacer ese papel?

JOSÉ ¡Al contrario! ¡Me enorgullece! El espantajo se pone donde hay alguna fruta en sazón, para que no la piquen los pájaros... y tú estás muy apetitosa para que te piquen (Aparte.) y te banderilleen.

ISAB. A mí no me pica nadie, ni yo me dejo picar.

JOSÉ Entonces te pondrán banderillas de fuego.

ISAB. No me vengas con chirigotas, que no logras convencerme; yo me marcho y tú te quedas, y no me des más lecciones de filosofía con espantajo ni de arte taurino.

JOSÉ Me parece á mí que me voy á incomodar por la primera vez en mi vida para...

ISAB. ¿Para qué, para qué? Habla.

JOSÉ Para hacerte perder el tren. Si tú vas á Barcelona, voy yo... y si tú no vas...

ISAB. Te quedas.

JOSÉ (Aparte.) Me voy también. (Sale Aquilina con dos bandejas de ropa blanca y das maletas.)

AQUIL. Señorita, la ropa para el viaje.

ISAB. (Cogiendo una bandeja.) ¡Pepe! No me sofoques. Como te encuentre en el tren, te arrojo por una ventanilla.

AQUIL. Señorita, que esa es la ropa del señor.

JOSÉ (Cogiendo la otra bandeja que trae Aquilina.) ¡Señora! Y yo, como la encuentre á usted en Barcelona, la arrojaré al mar como á esta ropa. (Tirando la bandeja con la ropa, por la puerta izquierda.)

ISAB. Y yo á tí, como á esta. (Y le arroja la bandeja encima.)

AQUIL. (¡Vaya! ¡Ya escampa! Qué despedida más tierna tienen estos señoritos.) (Vase por el foro.)

JOSÉ ¡Ah, maldita! Has puesto en mi faz la cesta; pues huye, porque si te cojo te meto en la maleta.

ISAB. No te temo. No me asustas. (Vase por la iz quierda.)

JOSÉ ¡Señora! (Aparte.) Finjamos cólera. (Alto.) Soy el cabeza de famila. El dueño de esta casa. (Aparte.) Y te has *colao*, porque te encierro ahí y no vas á Barcelona ni á ninguna parte. Está la llave puesta. Hay Providencia. (Cierra la puerta por donde ha entrado doña Isabel y echa la llave.) Ahora, que venga Feliciano y la varíe el itinerario.

ISAB (Dentro.) ¡Pepe! ¡Pepe! Abre, abre.

JOSÉ ¡Un demonio! Va á echar la puerta abajo. (Corre hacia la mesa del lado izquierdo, la lleva, la pone delante de la puerta y se sienta encima de ella.)

ISAB. ¡Pepe, Pepe! ¿No abres? ¡Pero qué tonta soy y que imbécil eres! ¡já, já, já! (Se ríe.)

JOSÉ Se ríe, la risa del conejo.

ISAB. (Dentro.) Adiós, hasta nunca.

JOSÉ Que te alivies.

ESCENA XII

JOSÉ y FELICIANO en traje de viaje, con una maleta en la mano

FEL (Aparte.) Ahí está. ¿Cómo le digo yo que me marcho?

JOSÉ ¡Hombre, gracias á Dios!

FEL. Tiene usted razón, no le he dicho nada de...

JOSÉ ¿Del lío en que estamos metidos? Y aquí me tienes encima de la mesa.

FEL. ¿Tiene usted gato encerrado ahí dentro?

JOSÉ Tengo al coco, y te estoy esperando para que lo arregles y me ayudes...

FEL. ¡Parece esto un lavadero! (Refiriéndose á la ropa que hay por el suelo.) Lo siento mucho pero no me puedo detener don José, vengo á despedirme de usted porque me ausento de Madrid.

JOSÉ ¿Que te marchas tú también? ¿Y á dónde?

FEL. A Barcelona.

JOSÉ ¡Cuerno! ¡A Barcelona! ¿Pero nos vamos á ir todos á Barcelona? No vamos á caber.

FEL ¿Usted también? (Aparte.) ¡Dios mío, si sabrá!... Vaya, con su permiso...

JOSÉ ¡Cá! No te vas. (Se baja de la mesa y sube en ella á Feliciano.)

FEL. ¿Pero don José? ¿Qué quiere usted que yo haga?

JOSÉ Que varíes el itinerario de mi mujer. Sin que consigas esto no sales de aquí; piensa mientras yo recojo ropa.

FEL Pero si ya no puede ser; hemos acordado tarde.

JOSÉ Eres un miserable; me has engañado; huyes con mi mujer.

FEL. Le juro á usted que no; huyo con Aquilina.

JOSÉ (Aparte.) Peor todavía. (Alto.) Es inútil el fingimiento y esto merece un castigo enérgico; tu sangre lavará mi honor. (En este momento dan un golpe fuerte en la puerta.)

FEL. ¡Perdón! (Feliciano cae de la mesa, de bruces.)

JOSÉ Feliciano. ¡Que viene el coco!

AQUIL. (Dentro.) ¡Señorito, señorito!

JOSÉ ¡Aquilina!

FEL. ¡Ella ahí!

AQUIL. Abra usted. (Quitan la mesa y abren.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y AQUILINA

JOSÉ ¡Cómo estabas ahí!

AQUIL. Porque me llamó la señora para que abriera la puerta de escape.

JOSÉ ¡Ah! ¿Y se ha marchado?
FEL. ¡Claro! ¡Si la he visto yo en la escalera!
JOSÉ ¿Y qué hacemos ahora?
JOSÉ Yo me voy tras de Aquilina.
FEL. Y yo tras de usted.
AQUIL. Entonces nos quedamos en Madrid.
JOSÉ ¿Por qué?
AQUIL. Porque ya no voy á Barcelona; he recibido este telegrama. (Leyendo.) «Suspende viaje: por carta instrucciones ya no debutas en Barcelona».
FEL. El cielo nos preteje.
JOSÉ (Llamando.) ¡Pedro! ¡Pedro!
AQUIL. No se moleste usted, no está.
JOSÉ ¿Dónde ha ido?
AQUIL. Acompañando á la señora.
JOSÉ Bien. Mañana, Feliciano, escribirás al coco según hemos convenido, y de Barcelona la mandamos... A Roma, Niza, Buenos Aires, Guayaquil, etc., etc.
FEL. ¿Y ahora, qué hacemos?
JOSÉ Lo primero, respirar, que falta me hacía, y después para celebrar la conquista de nuestra independencia y el restablecimiento de las garantías constitucionales en esta casa, darnos un banquete.
AQUIL. ¿En el comedor?
JOSÉ No: sobre el campo de batalla.
FEL. Es que hay que pensar en la carta que tengo que escribir á doña Isabel, cuando llegue á Barcelona
JOSÉ Comiendo lo pensaremos. Ande usted, ayude á Aquilina á traer una mesita. (Vanse por el foro Aquilina y Feliciano.) ¡Esto es encantador! Poder decir ya pienso, porque antes no pensaba en la casa nadie más que mi mujer. Tener libertad, hacer lo que me dé la gana. (Aparecen por la puerta del foro Aquilina y Feliciano trayendo una mesa. Don José se dirige hacia ellos) Aquilina: vé por el servicio, los fiambres y una botella de vino de.. del...
AQUIL ¿De cuál, señorito?
JOSÉ Del que guardaba la señora para las ocasiones como el cosechero de Jerez. (Vase Aquilina

y don José ayuda á Feliciano á colocar la mesa en el centro de la escena.)

FEL. ¡Si su esposa de usted nos viera!...

JOSÉ ¡El delirio! Pues si sospechara que la preparamos para que dé la vuelta al Mundo...

FEL. ¡La funeraria! (Sale Aquilina con vajilla, fiambres y una botella, y se pone á preparar la mesa colocando primero el mantel.)

JOSÉ Oye, toda la vajilla será nueva. No pongas nada que nos recuerde la esclavitud. (Llaman al teléfono.)

FEL. ¡Llaman al teléfono! (Asustado.)

JOSÉ ¡Sí, hombre, no te asustes!

AQUIL. Pedro, que comunicará la salida de la señora. (Suena más el timbre.)

JOSÉ ¡Ande usted! ¿A ver quién es?

FEL. (Se acerca Feliciano al teléfono. Don José se coloca junto la mesa que está ya preparada y Aquilina en la puerta del foro.) ¿Con quién hablo?... ¿Eh?.. ¡Pedro!

JOSÉ Lo ves. Pedro.

FEL. (Hablando.) ¿Qué ocurre?... ¡Qué!... Sí, aquí está... ¿Que se marche? (A don José.) ¡Que se marche usted!

JOSÉ ¿Yo? ¿A santo de qué?

FEL. (Hablando.) ¿Eh?... ¿Eh?... ¡Oh!... ¡Uf!... (Dejando caer los auditivos.)

AQUIL. y JOSÉ ¿Qué sucede?

FEL. Que ha llegado tarde á la estación. Que ha dejado allí á Pedro con el equipaje, que salió de vuelta hace tiempo. Que viene en un coche hacia casa, y que está al caer. (Todo esto con mucha emoción.)

AQUIL. y JOSÉ ¿Qué?

FEL. ¡Que vuelve, que viene el coco!

JOSÉ ¿Qué dices? ¿Doña Isabel? (Suena el timbre de la puerta.)

AQUIL. ¡Ya está ahí!

JOSÉ ¡Estamos perdidos!

FEL. ¡Yo huyo! (Vase precipitadamente por una lateral.)

AQUIL. ¡Dios mío, qué casa! (Aquilino hace mutis por el foro.)

JOSÉ ¡Aquilina! ¿Dónde vas?

AQUIL. (Deteniéndose.) ¿Yo? A abrir á la señora. (Vase.)

JOSÉ ¿Vas á abrirla? ¡Toma el cuchillo! (Don José coge el mantel por las cuatro puntas dejando dentro toda la vajilla y los fiambres, carga con ello, se dirige precipitadamente al foro y lo tira todo hacia dentro; óyese gran ruido de platos que se rompen.)

ISAB. (Dentro.) ¿Quién es el ladrón que me tira los platos?

JOSÉ ¡¡Ella!! (Coge la mesa, la pone de canto por una de sus cabeceras y se oculta detrás por el lado de las patas que estarán hacia el público. Sale doña Isabel muy furiosa y se detiene en la puerta del foro.)

ISAB. ¡Qué escándalo! ¡Qué desorden!... (Avanzando.)

JOSÉ (Santiguándose.) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.

ISAB. ¡Pepe! ¡Pepe! ¡Pepe!

JOSÉ (Aparte.) ¡Parece que está llamando al sereno!

ISAB. ¿Dónde te has metido?

JOSÉ ¡Debajo de la mesa! (Doña Isabel se dirige á la mesa y encuentra á don José detrás de ella hincado de rodillas. Le amenaza. Forman cuadro.)

TELON



ACTO SEGUNDO

Sala de visitas de un establecimiento balneario; puerta al foro; puertas laterales en primero y segundo término; butacas, mecedoras y confidentes repartidos convenientemente por la escena.

ESCENA PRIMERA

RAMIRO, PEPITO, SEÑORAS 1.ª y 2.ª, SEÑORITAS 1.ª, 2.ª y 3.ª y CABALLEROS 1.º y 2.º. Acompañamiento de ambos sexos. Al levantarse el telón aparecen formando grupo á la derecha los Caballeros, y en el centro sentadas las Señoras

AG. 1.ª Vamos, don Pepito, no estará usted quejoso de nosotras.

PEP. ¡No faltaba más, señora! Hoy me han dado ustedes catorce negativas.

CAB. 1.º El *sport* transforma á los hombres; Pepito lampando por una negativa, y Ramiro, el simpático americano, muriendo por una afirmativa.

RAM. ¡Ay!

AG. 1.ª ¡Cómo, don Ramiro!

AG. 2.ª ¿Está usted enamorado?

RAM. Señoras... son conjeturas de Pepito... yo no puedo enamorarme.

AG. 1.ª ¿Por qué?

RAM. Por prescripción facultativa.

TODOS ¡Já, já, já!

CAB. 1.º La célebre bailarina va á convertir el balneario en un cementerio.

PEP ¡Ah, amigo mío! Si yo no consigo sacarle una instantánea, créame usted, me suicido.

AG. 1.ª Hará usted muy mal.

AG. 2.ª Se condenará usted, Pepito.

CAB. 2.º Ofrézcala usted dinero y verá cómo se presta á retratarse.

RAM. ¡Dinero!... No lo quiere.

AG. 1.ª Es verdad, Ramiro, mientras tenga á don José el banquero convertido en cola de sus vestidos, no le hace falta dinero.

AG. 2.ª ¡Qué mujeres! Parece mentira que les guste á ustedes ese género...

PEP. ¿Gustarnos? ¡Qué disparate, señora!

CAB 1.º ¡Nos repugna!

AG. 3.ª ¡Cómo se conoce que no está á la vista!

RAM. ¡Ay!

AG. 1.ª Lo que yo no me explico es que esa mujer se haya enamorado de un señor mayor.

AG. 2.ª Le quiere por el interés.

PEP. Al contrario, señora; le quiere por el capital.

CAB. 1.º ¡Silencio! ¡Que van á salir!

AG. 1.ª ¡Aproveche usted la ocasión! (Se abre la primera puerta de la izquierda y aparecen en su dintel Aquilina, don José y Feliciano.)

RAM. (Aparte.) ¡Ella!...

AG. 1.ª Como siempre.

AG 2.ª Con su corte.

BAÑ. 1.ª Don Pepito, apunten... (Saliendo Aquilina, don José y Feliciano detrás.)

JOSÉ Confío en tu palabra...

AQUIL. No insista usted más, lo he prometido y lo cumplo....

JOSÉ ¿Solos?...

PEP. ¡Quietos!

JOSÉ ¿Qué?

PEP. ¡Ya está! ¡Muchas gracias!

AQUIL. ¡Se salió con la suya!

JOSÉ Pero...

AQUIL. Nada... no es nada, un retrato que me han hecho.

JOSÉ Pero... ¿cómo, Aquilina?

FEL. ¡A la media vuelta! (Vanse por el foro Aquilina, don

José y Feliciano. Todos se levantan y felicitan á Pepito.)

CABS. ¡Bravo, Pepito!

AG. 1.ª ¡Que sea enhorabuena!

AG. 2.ª ¡Felicidades!

AG. 3.ª ¡No coma usted hoy!

CAB. 1.º ¿Cuento con una copia?

CAB. 2.º ¿Yo con otra?

CAB. 3.º ¿Y yo?

PEP. ¡Pidan ustedes por esa boca! Ya no falta más que Ramiro. ¿Quiere usted también otra copia?

RAM. ¡Ay!... No puedo...

CAB. 1.º No puede... por prescripción facultativa.

ESCENA II

DICHOS y PRESTIDIGITADOR, con varias condecoraciones y un acordeón

PREST. (Entrando.) Con permiso de la distinguida cuan doliente concurrencia... A los pies de las señoras y y señoritas... Beso las manos de todos los caballeros que me escuchan.

PEP. (Aparte.) Nos cayó un loro.

SEÑ.ª 1.ª (Aparte.) Mamá, un concertista.

PREST. El que tiene la inmerecida cuan inconmensurable honra de dirigirse á éste ilustre cuan doliente auditorio .. (Pausa.)

PEP. (Aparte.) ¡Dale con el doliente!

SEÑ.ª 1.ª Debe ser un especialista.

RAM. ¿En qué se lo ha conocido usted?

SEÑ. 1.ª En el acordeón.

PREST. El que tiene, he dicho...

PEP. La honra inconmensurable.

PREST. De dirigirse á ustedes, es el conde Cubilete, el rey de la prestidigitación y la última pa labra de la cartomancia, que de paso para otros no menos reputados y concurridos balnearios, tiene el honor de detenerse en este establecimiento, con el exclusivo objeto de ayudar á los principios curativos de estas milagrosas y mineralógicas aguas con los

sorprendentes milagros de mi destreza y agilidad. (Pausa.) He dicho.

SEÑ. 1.ª Acabó ya.

TODOS ¡Gracias á Dios!

PREST. Un momento, señores, no he terminado; he dicho que el que tiene...

RAM. Sí, la honra inconmensurable.

PREST. No es la honra, no.

SEÑ. 1.ª Es la lengua.

PREST. Tampoco... tampoco... es. . es. .

PEP. ¡El acordeón!

PREST. ¡El honor! Eso es. ¡El honor de haber sido condecorado por varios soberanos de Europa, premiado en varias exposiciones con medalla de oro, y en todos los concursos en que he tomado parte con medalla de honor; esta noche dará, para alivio de todas las dolencias cardiacas, renales y hepáticas, una sola sesión de mis sorprendentes é incomparables trabajos de prestidigitación, en la seguridad de que pasarán un rato agradabilísimo y ameno!

SEÑ. 1.ª ¿Pero ese instrumento no lo vamos á oir?

PREST. Este instrumento es una sorpresa; al que acierte la trampa de uno de mis juegos...

SEÑ. 2.ª Premio.

PREST. ¡Un acordeón!

SEÑ. 1.ª ¿Y va á ser la función á palo seco?

PREST. No, señora; pienso poner en la puerta, con gran delicadeza, una bandeja...

PEP. ¿Con bollos?

PREST. Con... nada. Para que, el que á bien la tenga, deposite un pequeño óbolo para gastos de viaje. Empezaré la velada con una sesión de adivinación del pensamiento, en la que no tengo rival, si no, vean ustedes un ejemplo. ¿A que sé en qué está pensando esa linda señorita? (Dirigiéndose á una de las Agüistas.)

SEÑ.ª 1.ª ¿No le conviene á usted adivinarlo?

PREST. Pues está usted diciendo, para su interior: «¡Qué latoso es ese caballero!» Esta noche, diré lo que piensa usted, señora, (Dirigiéndose á una de ellas, á la primera.) del caballero del número siete.

SEÑ. 1.ª (Enojada.) ¡Se librará usted muy bien!

PREST. Y lo que este joven piensa de la joven del número tres.

CAB.º 1.º ¡Le pediré una explicación!

PREST. Lo que dice el Fondista de todas ustedes, y lo que ustedes piensan del Fondista, y lo que está haciendo su esposo de usted.

SEÑ. 2.ª ¡Calumniador!

PREST. Y dónde está la esposa de este señor, y por último, acabaré con la desaparición de una señorita.

SEÑ. 1.ª Niñas, desvaneceos. (Señora 1.ª y dos señoritas, vanse por el foro.)

PEP. ¡Vaya una novedad!

CAB.º 1.º ¿Y quién la va á hacer desaparecer, usted?

PREST. Ya lo verán ustedes.

CAB.º 1.º Para hacer desaparecer señoritas, un servidor.

PREST. Yo lo hago á vista del espectador.

SEÑ. 2.ª ¡Tenorio! (Van desfilando todos por varias salidas y se quedan solos Ramiro y Prestidigitador.)

PREST. ¿No lo cree nadie? ¿Nadie?

RAM. No se esfuerce usted mucho, yo le creo; no sólo es usted capaz de hacer desaparecer á una señorita, sino que... ¡nos hemos quedado solos!

PREST. ¡Nadie!

RAM. Ha hecho usted desaparecer á todo el mundo.

PREST. ¿Qué es esto? ¡Un desaire! ¡A mí! ¿Al Conde del Cubilete y Doble fondo? ¡Ignorantes! (Medio mutis.)

RAM. Señor Conde, señor Conde.

PREST. Usted dirá.

RAM. ¿A que le adivino yo á usted su pensamiento?

PREST. Lo creo difícil.

RAM. ¡Ah! ¡Estoy en el secreto! ¿A que sé lo que va usted diciendo?

PREST. ¿Que?

RAM. ¡Me han conocido!

PREST. ¡Vaya usted con dos mil de á caballo!

RAM. ¡Gracias á Dios!

PREST. ¡Caballero! (Vuelve.) Tome usted.

RAM. ¿Y qué es esto?
PREST. Lo ofrecido, el acordeón.
RAM. Pero, ¿qué voy hacer con esto?
PREST. ¡Caballero, si no sabe tocar, hará usted aire! (Suena una campana.)
RAM. ¡Pues... aire! (Arrojando el acordeón al Prestidigitador que huye por el foro.—Salen por varias puertas Agüistas de ambos sexos y se dirigen hacia la puerta del foro, según vaya indicando el diálogo.)
AG. 1.ª Señores, los coches de la estación se acercan.
AG. 2.ª ¿Vamos á ver que nuevos agüistas vienen? (Vanse por el foro.)
CAB.º 1.º ¡Vamos!
PEP. Sí, sí; á ver si vienen más bailarinas. (Vanse por el foro.)
AG. 1.ª ¿No nos acompaña usted, amiguito?
RAM. Lo siento mucho, señoras.
AG. 2.ª Hace usted bien; no rompa el incógnito,
TODOS ¡Já, já, já, já!
PEP. ¡Parece usted un Príncipe de Panticosa! (Vanse todos por el foro.)
RAM. Hay que dejarlos con sus quiméricas suposiciones. Yo no puedo salir de este método de vida; mis locuras de ayer, me imponen este retraimiento. ¡Qué sería de mí, si con mi conducta fuera dejando huellas de mis pasos! ¡Buena es doña Isabel para no descubrirme por la más pequeña indiscreción! (Vase por la segunda puerta.)

ESCENA III

DOÑA ISABEL y FONDISTA

FON. Señora, repito á usted, que en el establecimiento no hay habitación.
ISAB. Pues yo no me vuelto atrás.
FON. ¡Pero si está todo ocupado!
ISAB. ¡Yo necesito descansar! ¿Lo entiende usted bien? ¡Descansar! Vengo de dar la vuelta al mundo. ¡Bribones!
FON. Pues sí que estará usted cansada, pero, ¿qué culpa tengo yo?

ISAB. ¡Ya lo sé! ¡Usted ninguna! De Barcelona me mandan á Palermo, de Palermo he ido á Londres, de éste punto á San Francisco de California. Después al Cairo, del Cairo á Guayaquil y luego me mandaron á Madrid; diga usted ahora si tengo ó no derecho á descansar.

FON. Ya lo creo, pero no tengo sitio.

ISAB. Usted verá; yo no me marcho de aquí ni á cañonazos.

FON. Señora, me pone usted en un compromiso grandísimo, y no veo otra solución...

ISAB. La que sea, buena es.

FON. Suplicaré á una señora que hay sola, á ver si quiere partir con usted la habitación.

ISAB. ¿Qué clase de señora es esa?

FON. La célebre bailarina Alina. No le gusta á la señora, ¿verdad?

ISAB. ¿Por qué no? ¿Cuál es su habitación?

FON. Esa que hay ahí. (Indicándole la primera puerta izquierda.)

ISAB. ¡Muchas gracias! (Doña Isabel se precipita dentro de la habitación indicada.)

FON. ¿Dónde va usted, señora? ¡Sin permiso de la bailarina!

ISAB. ¡Encárguese usted de obtenerlo! (Vase por la puerta primera izquierda.)

ESCENA IV

FONDISTA y PANCHO RAMÍREZ

FON. ¡Vaya una señora! ¡Claro, después de haber dado la vuelta al mundo, todo le parece fácil. (Sale Pancho Ramírez por el foro.)

PAN. ¿Hay permiso? (En la puerta.)

FON. (Aparte.) ¡Otro viajero!

PAN. ¿Hay permiso? (Sin avanzar.)

FON. (Aparte.) ¡Qué desesperación!

PAN. (Avanzando.) ¿Hay permiso?

FON. Sí, señor. Lo que no hay es habitación.

PAN. ¿Es usted el fondista?

FON. Para servirle.

PAN. No, señor; no me sirve su merced.

FON. Muchas gracias, pero...

PAN. No es pero... es guayaba la que usted se trae; si usted quisiera servirme me daría habitación; yo no pido el camarín de una imagen.

FON. ¡Pero qué quisiera yo sino poder colocar á todo el mundo! Pero me faltan habitaciones...

PAN. Habitaciones y recursos.

FON. Hombre, aunque no soy americano, tengo todavía para sostener todo esto.

PAN. Me parece, patrón, que usted es un majadero... Al yo decir que le faltaban recursos, no me refería á los pesos, quise decir que no tenía usted inventiva para colocarme en un sitio cualquiera. Es usted algo torpe, ¿sabe? y tendré que colocarme yo...

FON. (Aparte.) Este con esa calma me asesina, si no le proporciono habitación.

PAN. (Aparte.) En seguida me marcho yo después de haber dado con la pista de ella y de él...

FON. Pues... mire usted... para que vea que quiero servirle le propongo una cosa.

PAN. Dígala y no moleste.

FON. ¿Quiere usted que le pida permiso á un agüista para instalarlo á usted en su compañía?

PAN. Bien pensado.

FON. ¿Usted preferirá gente joven?

PAN. Me es indiferente.

FON. ¿Le gusta á usted la conversación?

PAN. Al contrario, me molesta.

FON. Entonces con don Ramiro estará usted al pelo.

PAN. ¿Ha dicho usted don Ramiro?

FON. Sí, señor; un joven guapo.

PAN. ¿Triste?

FON. ¡Mucho! Parece el escaparate de una funeraria.

PAN. Pues corra usted, corra usted y háblele. (Aparte.) Tendría gracia... el nombre coincide...

FON. (Aparte.) Parece que he acertado en la elección.

PAN. Fondista, ¿qué hace?

FON. Nada, voy á eso...

PAN Pues corra, hombre, corra... (Vase el Fondista por la segunda puerta derecha.) Parece que el éxito va á coronarme: no estaría mal que después de un viaje tan largo y accidentado lograra los dos extremos encomendados á mi pericia. ¡Oh, qué servicio más morrocotudito el que voy á realizar! La señora caerá por el terror en mis brazos, y si este don Ramiro es el mío, voy á conseguir más que las aguas; lo curo y lo mando á Guayaquil, también por el temor. Para eso de aterrorizar soy el número uno; por algo me llaman en el cuerpo el noventa y tres; porque aventajo á la revolución francesa. Pero veamos el retrato y la filiación del prófugo. (Sacando unos papeles.)

ESCENA V

PANCHO, RAMIRO y el FONDISTA, que sale por la derecha

FON. Este caballero. (Por Pancho. Vase el Fondista por el foro.)

PAN (Aparte, examinando el retrato.) ¡El mismo, según filiación!

RAM. Servidor de usted, caballero.

PAN ¡Caramba! Caballero y paisano suyo.

RAM. ¡Ah! ¿Es usted del Ecuador?

PAN. Desde pequeñito... Ya le habrá á usted indicado el amigo fondista mi pretensión.

RAM. Sí, señor... no tengo ningún inconveniente, y siendo usted compatriota...

PAN. ¡Ah! Muchas gracias, señor, muchas gracias; yo procuraré serle lo menos molesto posible ¿sabe? Usted podrá dormir de noche, y yo dormiré de día.

RAM. Eso es un trastorno grandísimo.

PAN. ¡Ah! No le asuste; eso y más aguantaré an-

tes que abandonar un negocio muy bonito que me trae á España.

RAM. Es raro que venga usted del Ecuador aquí...

PAN. No se extrañe; vengo siguiendo á una mujer que amo.

RAM. ¿Está aquí esa mujer?

PAN. No lo sé... pero tengo noticias de que llegará de un día á otro... pues viene tras un joven del que está perdidamente enamorada.

RAM. (Aparte.) ¡Cielos! ¡Qué sospecha!

PAN. Pero á mí no me asusta ese contratiempo.

RAM. ¿Por qué? ¿Sabe usted que el joven no la corresponde?

PAN. No he querido molestarme en averiguar eso, *amigaso*, porque yo sé quitarme los rivales de enmedio sin hacer ruido.

RAM. ¡Ah! Pues debe usted averiguarlo, porque si él es inocente...

PAN. Es que ella es capaz de hacerse amar á la fuerza. Usted no la conoce. Hipnotiza á los hombres... ¡Es una boa!

RAM. (Aparte.) ¡Qué contratiempo! ¡Si esa mujer fuera ella y este paisano me descubre!...

PAN. ¡La va usted á ver! ¡Ahora la verá usted, *amigaso*! (Buscando en la cartera.)

RAM. ¡No, por favor!

PAN. No tenga usted cuidado, no le muerde. (Aparte.) No me cabe duda, este boqueronsito es don Ramiro Castro. (Sigue buscando en la cartera.)

RAM. (Aparte.) ¡El miedo me iba á descubrir!

PAN. ¡Aquí la tiene su *mersé*! (Dándole un retrato.)

RAM. (Aparte.) ¡La misma! ¡Doña Isabel!

PAN. ¿Qué le ha parecido? ¿No se merece esa mujer que un hombre la dé su amor... á pesar de sus años? ¿Usté, qué le daría?

RAM. ¿Yo? ¡Nada! (Aparte.) Cuatro tiros.

PAN. Ya hablaremos más despacio. Con su permiso pasaré al cuarto para aviarme.

RAM. Sí, amigo mío; no se detenga.

PAN. Si viene ella, que me coja lavado y peinado. (Vase por la derecha.)

RAM. Sí, señor, sí; que le coja á usted... un toro

de cinco años... No tengo más remedio que partir y renunciar á la bailarina para siempre. Por un lado, doña Isabel que me matará de un obsequio, y por el otro, éste Otelo del Ecuador que me despachará de un solo tajo diciéndome: ¡*Amigaso*, da gracias á Dios que yo te mate, porque lo hago sin dolor y sin ruido!

ESCENA VI

RAMIRO y FELICIANO

FEL. ¡Me alegro ver á usted, Ramirito! Vengo asustadísimo. He visto al fondista hablar muy en secreto con Alina.

RAM. ¿Hablaban de mí?

FEL. No; pero creo que no era extraña á la conferencia la remesa de agüistas llegada hoy.

RAM. ¡Ay!

FEL. ¿Sabe usted si ha venido algún viajero del Cairo?

RAM. Para mí, el que ha llegado hoy, viene del infierno.

FEL. ¿Caramba, Ramiro, tiene usted familia en esa freiduría?

RAM. Y usted se conoce que espera la llegada de alguna de las pirámides de Egipto.

FEL. ¿La llegada? No; la caída.

RAM. Pues yo lo que le puedo decir es que uno de los viajeros de hoy, es un negro que viene enamorado de una mujer y la persigue decidido á matar á todo el que se la dispute.

FEL. ¿Viene del Cairo?

RAM. Viene de mi tierra.

FEL ¿Y usté qué tiene que ver con la pasión de ese negro?

RAM. Yo, nada: pero da la terrible casualidad que la mujer que viene persiguiendo es la que yo dejé burlada en Guayaquil.

FEL ¿Ha dicho usté en Guayaquil?

RAM. Hará cuatro meses.

FEL. ¡Cuerno! ¡Cuatro meses! ¿Y se llama?
RAM. Isabel...
FEL. ¿Edad?
RAM. ¡Mucha!
FEL. ¿Y ha dicho que vendrá?
RAM. ¡Que viene!
FEL. Estamos perdidos.
RAM. ¿Cómo? ¡Usted también teme al negro!
FEL. ¡Al negro, no; á ella!
RAM. ¿Qué hago, Feliciano?
FEL. Lo que yo. (Hace mutis hacia la primera puerta derecha.)
RAM. Es que yo tengo sobre mí la espada de Damocles.
FEL. ¡Y yo una pirámide de Egipto! (Vase por la primera puerta derecha.)
RAM. ¡Pero qué le pasa á Feliciano! ¡Huye también de doña Isabel! De modo que si viene y en venganza se entiende con el negro, seremos dos los muertos. Sigo los consejos de Feliciano... huyo .. Adiós, Alina; me marcho sin despedirme tí. Me falta el valor... Adiós. ¡Qué porvenir tan negro! (Vase por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VII

FELICIANO, después DOÑA ISABEL y después PANCHO

FEL. (Sale con una maleta en una mano y una tarjeta en la otra.) Lo mejor es huír de ese negrazo. Le dejo esta tarjeta á Alina en su cuarto, diciéndola donde voy y que huyo por conservarme sano *para ella*, porque si echándomelas de valiente me quedo y da conmigo la banquera me hace pedazos y se los arroja al negro, á quien le sabrían á carne de gallina. ¡Ay, Alina mía, cuanto siento no poderte decir hasta luego! ¡Si no hasta sabe Dios cuando! (Feliciano abre la puerta del cuarto de Alina, entra y sale inmediatamente aterrorizado.)
ISAB. (Dentro.) ¡Ah! ¡Infame! ¿Tú aquí?

FEL. (Saliendo.) ¡Dios santo, el coco! ¡Me he metido en la boca del lobo!

ISAB. (Saliendo.) ¡A ese! ¡A ese! ¡Bribón! (Sale Pancho por la segunda puerta derecha.)

PAN. ¡Cielos! ¿Qué veo? (Llegando á Feliciano y dándole un apabullón en el sombrero.)

FEL. ¡Las estrellas! (Vase por el foro.)

ISAB. (Da un grito.) ¡El negro! ¡Estoy perdida! (Entrase en el cuarto de Alina y cierra la puerta.)

PAN. Ya la tengo en mis manos y será mía, vaya si lo será... Como que estoy aquerenciao con este servicio de policía... ¿Pero quién puede ser ese colibrí que sale de su cuarto tan aturdido? .. (Sale Alina por el foro y se dirige hacia su cuarto.)

ESCENA VIII

PANCHO y ALINA

PAN. (Deteniendo á Alina.) ¿Dónde va la señora?

ALINA Donde á usted no le importa.

PAN. ¡Brava! ¡Brava!

ALINA ¿Quiere usted quitarse de delante?

PAN. Con mucho gusto, siempre que usted me diga si conoce á la señora que hay en ese cuarto.

ALINA No tengo por qué satisfacer la curiosidad de usted. ¡Paso! (Alicia le da un empellón y Pancho retrocede; Alina entra en su cuarto y cierra la puerta.)

PAN. ¡No me parece mal! ¡Así me gustan á mí las hembras: bravías! Pero no retrocedo por esto... Ya que he reunido, ó mejor dicho, que he tropezado en este balneario con todos los cabos del asunto que me ha hecho salir del Ecuador, cortemos de una vez y armemos el escándalo que al final ya es sabido, pasaje gratis para todos... Voy por la receta. (Se entra en su cuarto.)

ESCENA IX

AQUILINA saliendo de su cuarto

¡Doña Isabel aquí! ¡Lo va á echar á rodar todo! ¡Las cosas que me ha dicho que va á hacer! ¡Dios mío hay que evitar el escándalo! Voy á decir á don José que huya, porque si viene á mi cuarto como me ha dicho... ¡Lo pone nuevo doña Isabel! (Vase por el foro.)

ESCENA X

DOÑA ISABEL saliendo con temor y precaución

Estoy muerta de miedo. ¡La primera vez en mi vida que sé lo que es eso!... El negro aquí... ¡Mi terrible perseguidor!... Tengo que huir inmediatamente... todos mis planes me los ha echado por tierra ese hombre. Todo ha cambiado, de perseguidora me convierto en perseguida. (Se dirige al foro.) Viene gente hacia aquí... ¿dónde me meto?... No vuelvo al cuarto de mi antigua criada. ¡Yo no sé como no la he ahogado! Pensando en el negro que puede que me ahogue... ¡Dios mio! ¿Por qué no le habré dicho que soy casada? ¡Por presumir! Yo me meto en cualquier parte... Aquí. (Se entra en la primera puerta derecha.)

ESCENA XI

PANCHO saliendo

Ahora veremos si tiene valor para resistirme, las pruebas que le voy á mostrar son plenas... (Llegando á la puerta de Aquilina y viendo

que no hay nadie.) ¡Calle! ¿Se ha marchado?... La vergüenza no la deja ponerse delante de mí... No me importa este detalle; ella volverá... entro y espero... (Entra en el cuarto de Alina y cierra.)

ESCENA XII

DON JOSÉ, después PANCHO, después AQUILINA

JOSÉ (Sale por el foro.) Esto va muy bien, muy bien; nadie me ha visto... ¡Qué soledad! Así me gusta á mí hacer las cosas más grandes del mundo, sin dar escándalo... ¡Alina, ya estoy aquí!... A la una, á las dos y á las tres. (Empuja á la puerta de Aquilina va á entrar y retrocede aterrado.)

PAN. (Dentro y amenazando con un puñal que verá el público.) Otra vez pida usted permiso antes... ¡Oye, *amigaso*!...

JOSÉ ¡Qué he de oir! ¡Si me he quedado sin sentido!

PAN. Puede usted pasar si gusta que le introduzca este puñal en el pecho, *amigaso*.

JOSÉ (Imitándole.) No, muchas gracias, introdúzcaselo usted. (Aparte.) ¡Caracoles con el amigo!

PAN. Ya lo ha oído... y ahora mucho chitón, ¿sabe?

JOSÉ Descuide usted yo no sé nada.

PAN. Es que si habla...

JOSÉ Me hace usted una sangría suelta... Puede que fuera un favor porque más estoy para que me de una congestión que para contar nada de lo que he visto.

PAN. ¡Adiós, señor!

JOSÉ ¡Adiós... tú! .. *Amigaso*. (Pancho se entra en el cuarto de Aquilina y cierra la puerta.) ¡No salgo de mi asombro! ¡Quién se le habrá muerto á ese tío, que hasta en la cara lleva luto! ¿Y qué hago? ¿Me quedo ó me marcho? Estoy muy temblón... la rabia tiene eso, que como le dé á uno por temblar se pone en ridículo... Yo ahora me comía á ese hombre... pero no puedo, me repugna la mojama.

AQUIL. (Sale por el foro.) ¿Pero dónde se ha metido usted?

JOSÉ (Aparte.) ¡En un berengenal!

AQUIL. Le estoy buscando para darle un notición.

JOSÉ A mí lo que me hace falta ahora es un vaso de agua y unas gotas de azahar.

AQUIL. ¿Lo sabe usted ya?

JOSÉ ¿Qué?

AQUIL. Que ha llegado hoy.

JOSÉ ¿Quién?

AQUIL. ¡El coco! Doña Isabel.

JOSÉ ¡Mi mujer! ¡No me faltaba más que eso!

AQUIL. Márchese usted en seguida porque está furiosa.

JOSÉ ¿Pero dónde está?

AQUIL. ¡En mi cuarto!

JOSÉ ¿En tu cuarto, dices?

AQUIL. ¡Ahí! (Indicando el cuarto donde está Pancho.)

JOSÉ ¡Cáscaras! ¿Pero eso... que hay ahí es mi mujer? ¡No es posible, tiene otro color! Parece su cara una pastilla de chocolate.

AQUIL. Es que está desconocida.

JOSÉ ¡Ah! ¡Y tanto! Yo la he tomado por un hombre.

AQUIL. Se ha quedado muy desmejorada.

JOSÉ Yo la he visto negra.

AQUIL. Usted la mira con prevención.

JOSÉ ¡Con mucha prevención!

AQUIL. Tenemos que resolver este obstáculo que se nos ha presentado en nuestro camino.

JOSÉ Tienes razón, del primer tropiezo ya he salido con bien.

AQUIL. Vamos á su cuarto, ahí podremos hablar sin temor á que nos interrumpan.

JOSÉ Sí, vamos, que estoy temiendo salga mi mujer y se arranque... y me coge solo.

AQUIL. ¡Ah! ¿Pero yo no soy nadie?

JOSÉ Quiero decir que me coge sin medios de defensa.

AQUIL. Pues vamos, que tenemos que acordar algo; hay que hacer...

JOSÉ La maleta. ¡Ya verás cómo acabamos haciendo la maleta!

AQUIL. (Llegando á la puerta primera derecha) Pase usted

JOSÉ ¡Oh! ¡No faltaba más! Tú delante. (Aquilina abre la puerta y da un grito; entra en el cuarto y cierra de golpe la puerta, dejando á don José espantado y solo en escena.)

ESCENA XIII

DON JOSÉ y RAMIRO con la maleta

JOSÉ ¡Cáspita! ¡Alina! ¡Alina! Que por poco me das con la puerta en las narices... ¡Alinaaaa! Estoy aviado. Ya no puedo entrar ni en mi cuarto... ¿Y ahora, qué hago? Voy en busca de Feliciano; esto cada vez se está poniendo más negro. (Don José se dirige, retrocediendo hacia el foro al mismo tiempo que sale Ramiro y tropiezan.) ¡Cara... cara... coles!

RAM. ¡Demontre, qué susto me he llevado!...

JOSÉ No ha sido flojo el que usted me ha traido. ¿Pero dónde va Ramirito?

RAM. ¡Al Ecuador!

JOSÉ ¿Al Ecuador? ¿Quiere usted que le lleve la maleta?

RAM. No señor, muchas gracias; usted no sirve para cosas tan bajas. (Se acerca á la puerta y se vuelve contrariado.)

JOSÉ (Aparte.) ¡Que no! ¡Con un mundo cargaría yo, con tal de salir de aquí!...

RAM. (Aparte.) Nada, no me van á dejar escapar; al final del pasillo hay tres ó cuatro personas.

JOSÉ ¿Pero vuelve usted ya?

RAM. Es que ahora me acuerdo de que hasta mañana no pasa tren por la estación. (Vase por la segunda puerta derecha.)

JOSÉ A este le ocurre lo que á mí: ha visto al negro .. y como si hubiera visto al coco.

ESCENA XIV

DON JOSÉ y FELICIANO

FEL. (Entrando agitado.) ¡Por fin! ¡Por fin doy con usted!

JOSÉ ¡Chist! ¡Chist!

FEL. Me tiene usted abandonado.

JOSÉ ¡Más bajo!

FEL. ¡Me tiene usted tirado!

JOSÉ Te digo que más bajo: mira que te arranco la lengua.

FEL. Bueno, pues me tiene usted enterrado.

JOSÉ (Tapándole la boca.) ¡Si es que hables más bajo, torpe!

FEL. Pues no he podido decirle á usted lo que pasa porque no lo he encontrado antes... Su mujer de usted está aquí...

JOSÉ Lo sé; la he visto disfrazada de negro.

FEL. ¡La ha visto usted y vive todavía!

JOSÉ ¡Qué quieres! secretos del destino.

FEL. Pues yo, temiendo que en venganza de los paseos por el mapa que la he hecho dar me matara á la media vuelta... he querido desaparecer del balneario; pero me ha sido imposible, porque los camareros tienen excelente memoria. Al verme se han acordado de mi cuenta.

JOSÉ ¡Feliciano! ¡Feliciano! Está bien, huías y me abandonabas... Desagradecido, te está bien empleado lo que te ha ocurrido

FEL. Mire usted, don José, déjese de declamaciones. Yo me tengo que marchar.

JOSÉ Y yo; pero á mí me pasa una cosa parecida á la tuya. El equipaje lo tengo en mi cuarto, y el dinero lo tengo con el equipaje, y cualquiera entra en la habitación.

FEL. ¿Qué ocurre?

JOSÉ ¡Qué está mi mujer!

FEL ¡No importa! Alina... Alina nos puede salvar. (Se dirige hacia el cuarto de Alina.)

JOSÉ ¡Feliciano! ¡Feliciano! (Al llegar Feliciano á la puerta del cuarto de Alina, sale de improviso «el negro.»)

PAN. ¿Eh? ¡Quietecito!

FEL ¡Santa Mónica bendita!

PAN. No se asuste.

FEL. No es miedo: es que sale usted de una manera...

JOSÉ Que me ha sorprendido mucho.

ESCENA XV

DON JOSÉ, FELICIANO y PANCHO

PAN. Para sorpresa la que les tengo preparada, *amigasos*

JOSÉ (Aparte.) Echémonos á temblar.

PAN. Yo estoy enamorao de una mujer. (Aparte.) ¡Qué bromazo les voy á dar! .

FEL. Es natural.

JOSÉ Que sea enhorabuena.

PAN. Vengo recorriendo medio mundo tras de ella; ya ven ustedes que mi pasión no es una pasión vulgar.

FEL. Todo lo contrario, ¡vaya!

JOSÉ Es una pasión pesada.

PAN. Ustedes comprenderán que el hombre que por una mujer hace esto, es porque está decidido á que sea suya.

FEL Lo contrario sería una primada.

JOSÉ Y que de algún modo hay que cobrarse los gastos de viaje.

PAN. ¡Cuánto celebro que piensen ustedes como yo!...

JOSÉ Yo me alegro mucho de pensar así...

PAN. Pero cuando yo iba á ofrecerla mi mano ha surgido una pequeña dificultad.

FEL. Que tiene usted la mano mala.

JOSÉ ¡Con sabañones!

PAN. Nada de eso... que mi prometida es casada... Doña Isabel...

FEL. ¡Doña Isabel! ¡Pero es doña Isabel! (Aparte.) ¿Oye usté, don José?

JOSÉ ¡Sí, hombre, que oigo! (Aparte.) Demasiado.

PAN. ¿Qué les parece á ustedes?

FEL. A mí no me parece mal, ¿verdad, don José?

JOSÉ Yo, en su caso, cargaba con ella y me la llevaba.

PAN. Al Ecuador, ¿verdad?

JOSÉ Más lejos; al Polo.

PAN. ¡Ah! Señores míos, yo no soy de esa opinión.

JOSÉ ¡Qué lástima que discrepemos en eso! (Aparte.) Era nuestra salvación.

PAN. Yo no gusto de hacer las cosas á medias, todo por la línea recta y como quiero que doña Isabel sea mi esposa, necesito que ustedes me ayuden.

FEL. ¿Qué? ¿Qué dice usted?

JOSÉ (Aparte.) Ahora viene la atrocidad.

PAN. Es muy sencillo *amigasos*. No hay más que un procedimiento; dejarla viuda.

JOSÉ ¡Eso es imposible! (Aparte.) ¡Qué bárbaro!

PAN. Es muy fácil, vengo decidido á todo y después que la deje viuda iré dando pasaje para el otro mundo á todos los hombres que ella ha mirado en...

FEL. ¿Pero, va usted á matarlos á todos?

PAN. Ya sé que son muchos; pero ya buscaré un procedimiento breve.

JOSÉ Como no eche usted mano del cólera morbo.

PAN. Empezaré por usted, don José.

JOSÉ ¡Por mí! ¡Por mí!

PAN. Sí, señor; ya sé que es usted el marido infame..

FEL. Medite usted, contenga su pasión y sus palabras.

PAN. No se destaque antes de tiempo, que usted seguirá á don José.

JOSÉ (Aparte.) ¡Este hombre es un asesino!

FEL. ¡Gritaremos mucho!

PAN. Vaya, prepárense. (Saca un cuchillo.)

JOSÉ ¡Socorro! ¡Socorro!

FEL. ¡Que nos matan! ¡Asesino! (Salen por el foro, el Fondista y varios bañistas de ambos sexos. Por la primera puerta derecha doña Isabel y Aquilina.)

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA ISABEL, AQUILINA, FONDISTA y BAÑISTAS

JOSÉ ¡Favor! (El Fondista sale por el foro seguido de los bañistas y se dirige hacia Pancho al que sujetan.)

PAN. ¡Rezar el credo!

FON. (Saliendo.) ¿Qué es eso? ¡Quieto!

AG. 1.ª Deténgase usted. (Sujetan á Pancho.)

AQUIL. (Saliendo.) ¡Que los matan! (Dirigiéndose á Feliciano para escudarlo con su cuerpo.)

ISAB. (Saliendo.) ¡La voz de mi marido! ¡Pobrecito mío!

JOSÉ ¡Mi mujer! Soltar al negro. Soltar al negro. (Corriendo para no dejarse coger por doña Isabel.)

AG. 1.ª ¡Su esposa!

ISAB. Ven á mis brazos. Te perdono. (Doña Isabel lo alcanza y lo estrecha en sus brazos.)

PAN. Y yo también los perdono.

FON. ¡Ah! No señor; usted tiene que aclarar los motivos de este escándalo.

ISAB. Y los de su persecución incesante con amenazas de muerte.

JOSÉ ¿Amenazas? ¡Y ademanes!

AQUIL. No volvamos sobre lo pasado.

FEL. Vámonos, Alina.

PAN. Suéltenme, señoras. (Lo sueltan.)

JOSÉ Vamos á ver...

FON. Usté se calla.

PAN. Yo, señor Fondista, no soy lo que parezco.

ISAB. (Aparte.) ¿A que resulta que no es negro?

FON. ¿De dónde viene usted?

JOSÉ Del tinte.

AQUIL. ¿A que adivino yo algo? Usted no es un enamorado.

PAN. Tiene usted mucha penetración. Yo soy un agente de policía del Ecuador y venía siguiendo la pista de esta señora, porque la señora venía siguiendo la pista de...

ISAB. ¡Silencio! ¡No vaya usted ahora á descubrir!...

FEL. Sí, tape usted lo que pueda.

FON. Bueno, ¿y qué tiene que ver todo esto con el intento de asesinato de estos caballeros?

PAN. Tiene que ver mucho, ¿sabe? patrón; enseñarles los riesgos que se corren llevando una vida tan poco arreglada, escarmentándolos con una comedia de la realidad y arrancando de entre las redes de este vivir desarreglado, á un pobrecito joven huido, ¿sabe? *amigaso.*

FON. (Aparte.) Parece un negro catedrático. (Alto.) ¿Y dónde está ese joven?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RAMIRO; después, PEPITO

RAM. ¡Aquí está!

TODOS ¡El melancólico!

ISAB. (Aparte.) ¡Mi criollo!

PAN. *Amigaso* mío, dese usted preso.

TODOS ¿Preso?

PAN. Detenido nada más.

AQUIL. (Aparte.) ¡Y yo que no le hice caso...

RAM. ¿De modo que viene usted por mí?

AQUIL. ¡Y por mí!

FEL. ¡Y por mí!

JOSE Y por...

ISAB. ¡Tú aquí, conmigo!

JOSÉ Sin enmienda ni raspadura. Ya tengo coco para toda la vida.

PAN. Yo no puedo llevarme más que á don Ramiro Juárez, por mandamiento de extradición.

RAM. ¡Y prescripción facultativa! (Sale Pepito con la máquina fotográfica.)

PEP. ¡Oh! Señores, gran ocasión para un bonito grupo. (Mientras todos los actores forman grupo, Jose se dirige al público y dice:)

JOSÉ Para mí fueron mal dadas,
como castigo no es poco...
(Señalando á doña Isabel.)
Mas ya que me lleve el coco
que me lleve entre palmadas.

TELON

A los señores directores de escena

Los autores de este juguete suplican á los directores de escena, tengan en cuenta las siguientes observaciones:

El papel de Doña Isabel podrán desempeñarle no sólo las características, sino las damas ó primeras actrices.

Aquilina vestirá en el segundo acto con la elegancia propia de las mujeres de moda.

Pancho y Ramiro hablarán con marcado acento americano.

Del Fondista debe hacerse un tipo extravagante y algo ridículo en el vestir, pudiendo el actor que lo desempeñe darle acento francés ó italiano.

El papel de prestidigitador deberá darse al actor que sepa cantar *couplets,* hacer juegos de manos ó lucir alguna otra habilidad en consonancia con el tipo que representa.

Pepito llevará constantemente una máquina fotográfica de mano con estuche y correa.

En las compañías de escaso personal, los papeles de Agüista 1.ª y 2.ª puede decirlos una sola actriz, y lo mismo otra actriz los de Señora 1.ª y 2.ª.